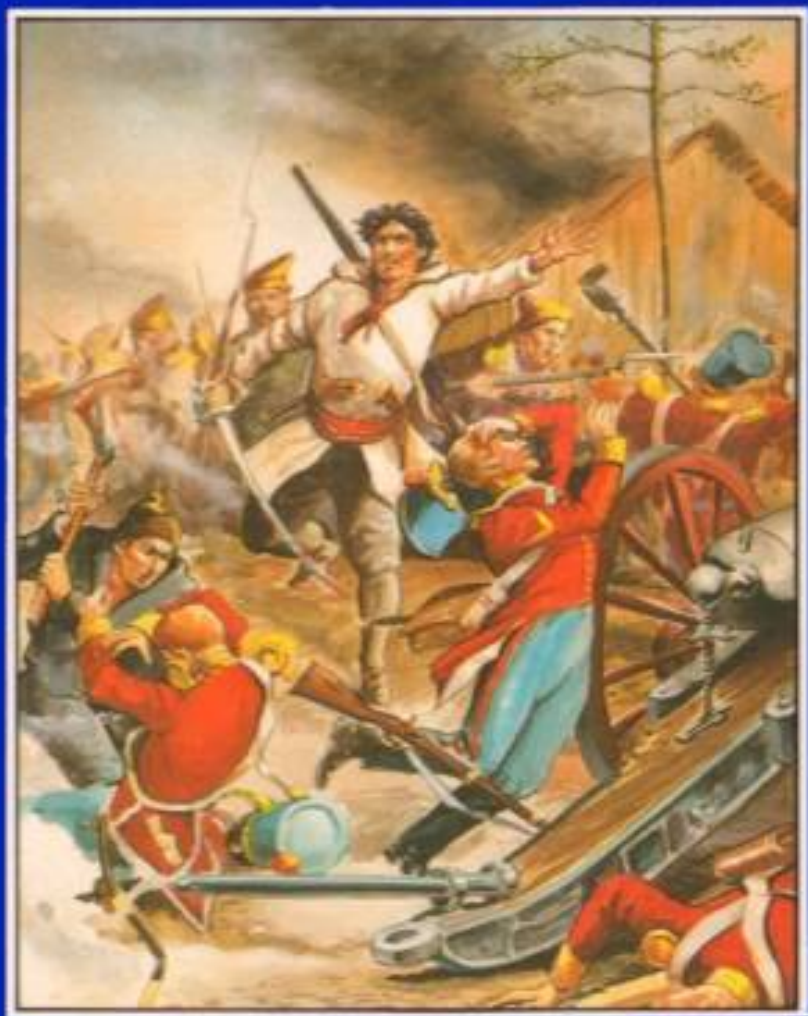
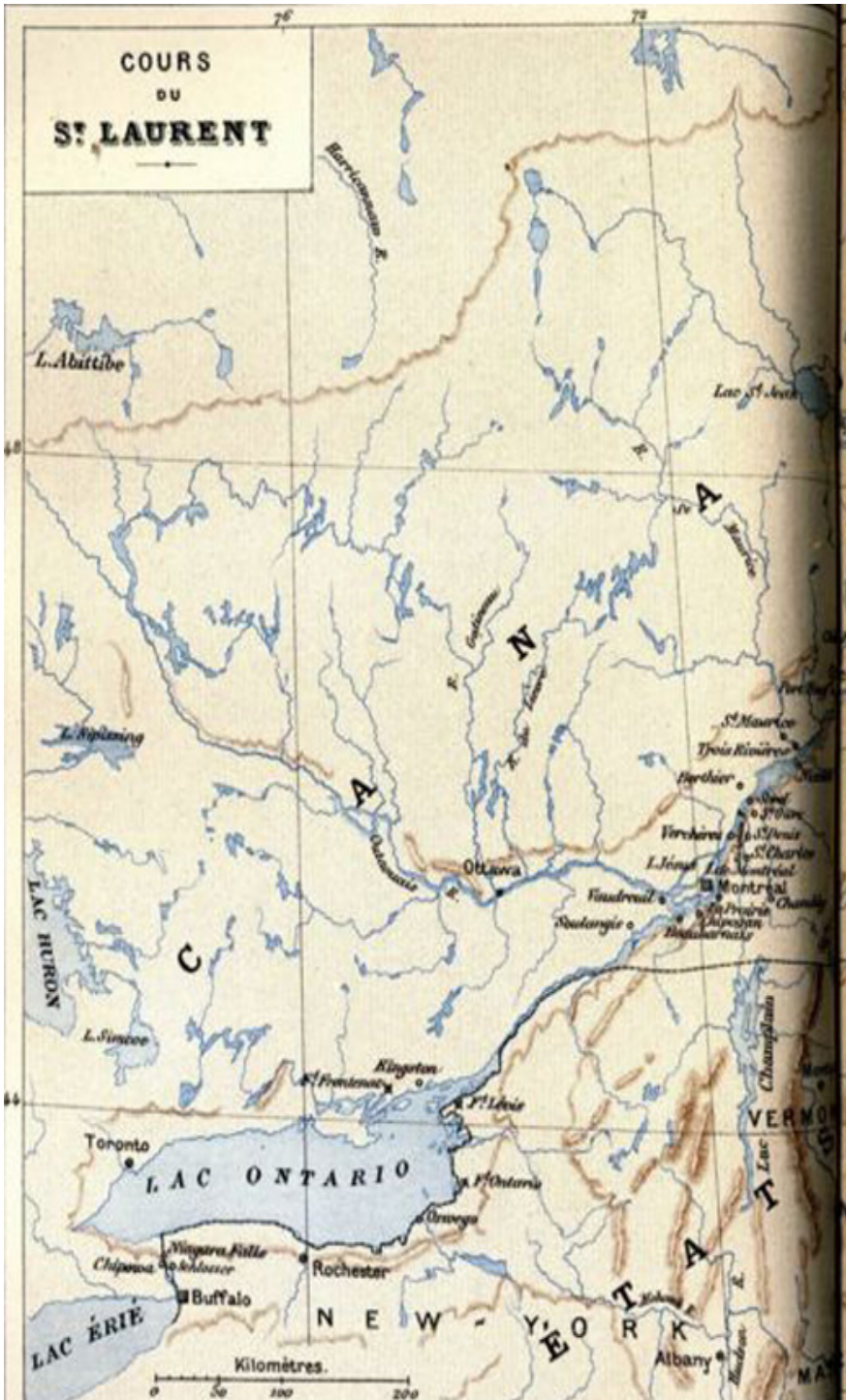


# Julio Verne

## Familia sin nombre



*Familia sin nombre* es una novela de aventuras del escritor francés Julio Verne publicada en el *Magazine de ilustración y recreo* (*Magasin d'Éducation et de Récréation*) desde el 1 de enero hasta el 1 de diciembre de 1889, y posteriormente en un volumen doble el 18 de noviembre de ese mismo año. Se cuenta la vida de una familia del sur de Quebec durante la Guerra del Bajo Canadá, que, entre 1837 y 1838, buscaba una república independiente y democrática. En el libro, los dos hijos de un traidor luchan en la rebelión, en un intento de venganza por la muerte de su padre.









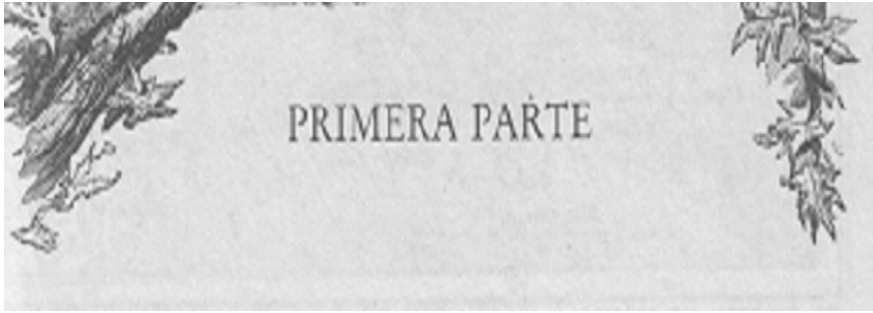


# Primera Parte









## I

## ALGUNOS HECHOS, ALGUNAS FECHAS

**S**e tiene lástima del pobre género humano que se degüella por «algunas aranzadas de hielo» decían los filósofos del siglo XVIII; y esto es lo peor que podrían decir tratándose del Canadá, cuya posesión disputaban, en aquella época, los franceses a los soldados de Inglaterra.

Doscientos años antes, Francisco I exclamó, respecto a ciertos territorios americanos reclamados por el rey de España y por el de Portugal: «Me gustaría mucho ver el artículo del testamento de Adán que les lega esa vasta herencia». El rey de Francia no iba tan descaminado en sus pretensiones, puesto que algún tiempo después una parte de aquellos territorios tomaron el nombre de Nueva Francia; y aun cuando los franceses no han podido conservar aquella magnífica colonia americana, la mayor parte de sus habitantes son franceses de corazón y están unidos a la antigua Galia por los lazos de la sangre, por la identidad de raza y por los instintos naturales, que la política internacional no llegará nunca a desterrar.

En realidad, las «algunas aranzadas de hielo» tan mal calificadas por los filósofos, forman un reino cuya superficie es igual a la de Europa.

Un francés fue el que tomó posesión de aquellos vastos territorios en 1534.

Santiago Cartier, oriundo de Saint-Maló, penetró hasta el centro de dicha comarca, remontando el curso del río, al que se dio el nombre de San Lorenzo, y al año siguiente, el atrevido maluino, llevando adelante su exploración hacia el Oeste, llegó frente a un grupo de cabañas, Canadá en idioma indio, en donde se fundó Quebec; después llegó a la aldehuela de Hochelaga, hoy Montreal. Dos siglos más tarde, estas dos ciudades iban sucesivamente a tomar el nombre de capitales, en concurrencia con Kingston y Toronto, cuando para poner fin a sus rivalidades políticas la villa de Ottawa fue declarada residencia del Gobierno de aquella colonia americana, que Inglaterra llama en la actualidad *Dominion of Canada*.

Algunos hechos y algunas fechas bastarán para dar a conocer los progresos de este importante Estado desde su fundación hasta el período de 1830-40, durante el que se han desarrollado los acontecimientos que nos proponemos dar a conocer en el presente libro.

En el año 1595, en el reinado de Enrique IV, *Champlain*, uno de los buenos marinos de aquellos tiempos, volvió a Europa después de su primer viaje a las alturas de que nos ocupamos, durante el cual escogió el sitio en que es había de fundar la ciudad de Quebec. Formó parte de la expedición de M. de Mons, portador, de patentes para el comercio exclusivo de pieles, que le otorgaban el derecho de conceder terrenos en el Canadá. Champlain, cuyo carácter aventurero no podía acostumbrarse sólo a tratar de negocios, abandonó a su compañero, y remontando de nuevo el curso del río San Lorenzo, edificó a Quebec en 1606.

Hacía ya dos años que los ingleses habían empezado a fundar su primer establecimiento americano, en los límites de la Virginia. Naturalmente, nacieron de aquí los gérmenes de la notable rivalidad entre ambas naciones, y, más aun desde aquella época se manifestaron los indicios de la lucha que Inglaterra y Francia sostuvieron en el Nuevo Mundo.

En el principio, los indígenas tomaron necesariamente parte en las diversas fases de tal antagonismo. Los algonquines y los hurones se declararon por *Champlain*, en contra de los iroqueses, que formaban causa común con los soldados del Reino Unido. En 1609 éstos fueron batidos en las orillas del lago que ha conservado el nombre del marino francés.

En 1613 y 1615, Champlain verificó otros dos viajes y llegó hasta las regiones casi desconocidas del Oeste, en las orillas del lago Hurón; se marchó de allí y volvió por tercera vez al Canadá. Por fin, después de hacer frente a toda clase de intrigas, fue nombrado gobernador de Nueva Francia en el año 1620.

Con este nombre se creó entonces una sociedad, cuya constitución fue aprobada por Luis XIII en 1628, que se comprometía a llevar al Canadá cuatro mil franceses católicos en el espacio de quince años. Los primeros buques expedidos por la Sociedad a través del Océano, cayeron en poder de los ingleses, que avanzando después por el valle de San Lorenzo, intimaron a *Champlain* que se rindiera. El intrépido marino rehusó; pero la falta de recursos y de socorro le impusieron la obligación de capitular, capitulación honrosa en verdad, que entregó Quebec a los ingleses en 1629.

En 1632 Champlain salió de nuevo de Dieppe con tres navíos, volvió a tomar posesión del Canadá, restituido a Francia por el tratado del 13 de Julio del mismo año, fundó nuevas ciudades, estableció el primer colegio canadiense, dirigido los padres jesuitas, y murió el día de Navidad del año 1635 en el país conquistado a fuerza de voluntad y de audacia.

Durante algún tiempo las relaciones comerciales continuaron entre los colonos franceses y los de Nueva Inglaterra, mas aquéllos tenían que luchar contra los iroqueses, muy temibles por su número, pues la población europea no excedía aún de dos mil quinientas almas. Así es que la So-

ciudad, viendo que sus negocios andaban mal, se dirigió en demanda de socorro a Colbert, que envió al marqués de Tracy con una escuadra. Los iroqueses, rechazados al principio, volvieron pronto a la carga, viéndose apoyados por los ingleses, y un horrible degüello de colonos tuvo lugar en las cercanías de Montreal.

Aun cuando en 1665 la población había crecido mucho en número, así como el dominio superficial de la colonia, no había, sin embargo, más que trece mil franceses en el Canadá, mientras que los ingleses tenían ya doscientos mil habitantes de raza sajona en Nueva Inglaterra.

La Acadia, que forma en la actualidad la Nueva Escocia, fue el teatro de una guerra que se extendió después hasta Quebec, de donde fueron rechazados los ingleses en 1690.

El tratado de Ryswick, en 1697, aseguró a Francia la posesión de todos los territorios que el atrevimiento de sus descubridores o el valor de sus hijos habían hecho suyos en el Norte de América, y al propio tiempo, las tribus rebeldes, iroqueses, hurones y otras, se pusieron bajo la protección francesa por el convenio de Montreal.

En 1703, el marqués de Vaudreuil, hijo de un primer gobernador del mismo nombre, fue a su vez nombrado para aquel alto puesto en el Canadá, que la neutralidad de los iroqueses hacía más fácil de defender contra las agresiones de los colonos de la Gran Bretaña.

La lucha empezó de nuevo en los establecimientos de Terranova, que eran ingleses, y en la Acadia, que en 1711 se escapó de las manos del marqués de Vaudreuil. Esta separación permitió a las fuerzas angloamericanas reunirse para la conquista del dominio canadiense, en donde los iroqueses, ganados por los ingleses, volvieron a hacerse sospechosos.

Entonces fue cuando el tratado de Utrecht, año de 1713 consumó la pérdida de la Acadia, asegurando por treinta años la paz con Inglaterra.

Durante este periodo de calma, la colonia hizo grandes progresos, y los franceses construyeron algunos fuertes para asegurar a sus descendientes la posesión de aquellos terrenos.

En 1721, la población alcanzaba la cifra de veinticinco mil almas, y de cincuenta mil en 1744. Podía creerse que los tiempos difíciles habían acabado ya; mas por desgracia no era así, pues por causa de la guerra de sucesión de Austria, Inglaterra y Francia volvieron a encontrarse frente a frente en Europa, y por consecuencia en América también. Tuvieron ambas naciones varias alternativas de victorias y de derrotas, hasta que el tratado de Aix-la-Chapelle (1747) repuso las cosas en el estado en que estaban cuando el tratado de Utrecht.

Si bien es verdad que la Acadia fue en adelante posesión británica, lo cierto es también que continuó siendo francesa por las generales tendencias y simpatías de sus habitantes; así es que el Reino Unido provocó la emigración anglosajona para asegurar su preponderancia de raza en las provincias conquistadas. Francia procuró hacer lo mismo en el Canadá; mas el éxito no correspondió a sus esfuerzos, y la ocupación de los terrenos del Ohio volvió a poner los rivales enfrente uno de otro.

Entonces fue cuando, delante del fuerte Duquesne, recientemente construido por los compatriotas del marqués de Vaudreuil, Washington apareció al frente de una fuerte columna angloamericana. Pero Franklin, ¿no acababa de declarar que el Canadá no podía ser francés?

Dos escuadras partieron al mismo tiempo de Europa, la una de Francia, y la otra de Inglaterra. Después de una espantosa matanza que ensangrentó la Acadia y los territorios del Ohio, declaróse oficialmente la guerra por la Gran Bretaña el 18 de Mayo de 1756.

En aquel mismo mes, el gobernador señor de Vaudreuil pidió con instancia que le enviasen refuerzos, y el marqués de Montcalm fue encargado del mando del ejército cana-



diense, compuesto solamente de cuatro mil hombres. El ministro no pudo disponer de un efectivo más considerable, porque la guerra de América tenía en Francia pocos partidarios, sucediendo lo contrario en el Reino Unido. El principio de la campaña fue favorable al marqués de Montcalm, quien se apoderó del fuerte William-Henry, edificado al Sur del lago Jorge, que es una prolongación del de *Champlain*. Derrotó a las tropas, angloamericanas en la jornada de Carillon; pero a pesar de estas brillantes victorias, los franceses tuvieron que evacuar el fuerte Duquesne, y perdieron el de Niágara, entregado por una guarnición demasiado débil, a quien, por otra parte, la traición de los indios impidió socorrer a tiempo. El general Wolfe, a la cabeza de ocho mil hombres, oportunamente desembarcados, se apoderó de Quebec en el mes de Septiembre de 1759; y aun cuando los franceses ganaron la batalla de Montmorency, no pudieron evitar una derrota definitiva. Montcalm fue muerto, lo mismo que Wolfe, y los ingleses quedaron, en parte, dueños de las provincias canadienses.

Al año siguiente se hizo una nueva tentativa para recuperar a Quebec, llave del San Lorenzo, mas dicho intento salió mal, y poco tiempo después Montreal se vio obligada a capitular también, a pesar de la enérgica defensa que opusieron los habitantes de la mencionada ciudad.

El 10 de Febrero de 1763 se celebró un nuevo tratado, por el que Luis XV renunció a sus pretensiones sobre la Acadia, en provecho de Inglaterra, cediéndola además, en exclusiva propiedad, el Canadá y todas sus dependencias. La Nueva Francia no existió ya sino en el corazón de sus hijos.

Pero los ingleses jamás han sabido atraerse a los pueblos que han sometido a su yugo; no saben más que destruirlos, y no se aniquila así como se quiera a una nacionalidad cuando la mayor parte de los habitantes han conservado el amor a su antigua patria y a sus aspiraciones de siempre. En vano la Gran Bretaña organizó tres Gobiernos, Que-